

UN MILAGRO PARA PRONTO

POR

RAFAEL GARCIA SERRANO

UNO, de verdad, nada serio tiene que oponerle al tabladillo. Lo que ya comienza a ser más lamentable es que el tabladillo flamenco—flamencón las más de las veces—sea considerado por ahí algo como el escudo de España, como el trono de una España bailarina y de «tronío». Todo un estilo para la interpretación del hecho nacional gira en torno de los toros y el baile flamenco, como si los toros y las costumbres andaluzas fuesen más hispanamente significativas que la pelota y la zapatadantza, que la sardana y la barra, que los bolos y la Baila de Ibio. Para asomarse al hecho nacional español es preciso elegir una muy alta ventana, abrirla de par en par y sumirse en la contemplación serena y total del vario panorama de la Patria, de norte a sur, de este a oeste: en la era, en la cancha, en el prado, en el cortijo, en la ría, en la capea y la plaza, en el soportal y en el atrio de la iglesia, en la romería, en el trabajo, en la feria y en la fiesta. En la procesión y en las campanas.

Claro que resulta bonito y fácil agarrarse a los tópicos de la España negra—que también tienen su honorable y triste parcela de autenticidad—, adentrarse por callejuelas literarias bien conocidas y no preguntar a un guardia por esas anchas avenidas, por esas espaciosas comarcas del folklore—excelentes observatorios para el ensayo—, absolutamente inexploradas de puertas afuera. Carlos Reyles, en «El embrujo de Sevilla», consigue una estupenda novela de toros, junto a «Los bestiaros», de Montherlant, la mejor que yo conozca. Pero su partitura de cante y baile parece traducida del francés. Es cierto que durante muchas décadas, y siguiendo amorosa y filialmente el ejemplo de los caballeros de la Madre Patria, nuestra América tradujo del francés, aunque vitalmente se expresase en español. En estos años hemos vuelto todos, unos y otros, la vista hacia nuestra común, propia e inalienable tradición. Y en esto del cante y baile unas mujeres de España van en vanguardia.

Son, claro, las chicas de la Sección Femenina.

LA CALLE DE LAS SIETE DAMAS

Siete damas del Virrey don Diego Colón llevaron las primeras, hasta el alcázar de la Hispaniola, toda la gracia de los viejos bailes españoles. Canciones ya se habían oído, ya, para entonces. ¡Y qué canciones! Aparte las populares, quizá las de marcha del Gran Capitán, las de los remeros del Mediterráneo—en el «papiamento» especial de los corsarios—, las de algarra, romance y correría por tierras de moros. ¿Qué villancico entonaron, casi como un réquiem, los del Fuerte de Navidad? ¿Con qué canción en las gargantas se los tragó la avalancha imparabable de la selva? Tañedores de guitarra lo hubo, y bien buenos. Vihuelas, laúdes y guitarras no faltaron entre los pioneros del Descubrimiento y la Conquista. Va bien.

Pero la primera ronda de amor fué con motivo de la llegada de las siete damas. Uno de los rondadores, con voz de mando y verso a punto, se llamaba Hernando Cortés. Se danzó de lo lindo en el Belén de América, como gusta de llamar a Santo Domingo nuestro embajador y maestro, don Manuel Aznar. Así, sencillamente, en una fiesta de corte silvestre, llegaron a las Américas los coros y danzas de España. Con una ronda de amor. Igual han vuelto.

La ronda de amor es imprescindible a la hora de caminar por las praderas folklóricas. Amor y humor, batalla, muerte, religiosidad: he aquí las firmes bases de nuestro arte popular. Es decir, lo personal, lo nacional—la suma de todas las diversidades regionales—y lo universal.

Fué en Ciudad Trujillo, junto a las nobles ruinas españolas, hoy cercadas de palomas, rosas y laurel; de palomas por arriba y de los huesos de Ojeda por abajo; fué allí donde pude comprobar el perfecto encaje de nuestro folklore en las tierras de América. Tenía a mi favor los públicos de los teatros, la mirada de las gentes en la calle, la popularidad de nuestros bailes y nuestras canciones el impulso cordial de las colonias. Tenía a mi favor las calles virreinales de Lima, el señorío de Santiago, el ponderado cosmopolitismo de Buenos Aires—hecho mansedumbre mu-

nicipal en la plaza de Mayo—, el fabuloso paisaje arquitectónico de Quito, aquella Compostela tropical y leñosa de Guayaquil, y las piedras de Panamá la Vieja, y la austera comprensión de Colombia, y la plaza de Bolívar en Caracas. Pero hasta que no vi, en la luz cruda de un mediodía tropical, los trajes catalanes y vascos, andaluces y castellanos, baleares y murcianos, gallegos y montañeses, enmarcados por el paisaje de América—nada menos que del «Belén de América»—, no entendí, lisa y llanamente, cómo cada uno de ellos parecía estar en su propio paisaje. Las gentes miraban con cariño y sin asombro. Su sangre había visto antes todo aquello, su sangre adivinaba la fuerte participación que tenían en todo aquello. Y el gesto, la canción y el paso de baile se ajustaban milimétricamente a la más ortodoxa romería. La gaita, amigos, remontaba el vuelo sobre la ceiba de Colón y se hacía lira allí, entre aquellas viejas y nuevas piedras. En

pañía a América. Lo bueno es que yo, chileno, me siento nacer con esta música; siento que toda la vida viene a mí con estos bailes, porque me reconozco en ellos, porque todos me tiran a peso del corazón.»

Estuvieron veintitrés horas vestidas con el traje regional. Bailaron hasta doce veces en teatros, plazas, calles. En el campo. Había pequeños y frecuentes calvarios. Uno de esos habituales bien enterados, que nunca están enterados de nada, me dijo que los calvarios eran enterramientos familiares. Yo desbarraba pensando en las cerezas del cementerio, en el sabor hogareño de la hortaliza, en el aroma de las rosas—que olerían a los dieciocho años de la abuela—, en todo esto. Claro que el «enterado» bien pudiera haber sido un guasón que explotaba mi curiosidad profesional, según me dijo un colega de «El Caribe». Pero de todos modos, los calvarios eran como el jugoso y fructífero enterramiento de una época española, y los coros y danzas, en el paisaje de la Vega Real, como la resurrección de la carne. Como la romería de la Hispanidad. Porque metidos hondamente en la fiesta estábamos españoles y dominicanos, gentes del mundo hispánico.

Por aquello de las veintitrés horas de baile y camino en traje regional, y bajo el sol del trópico, me he acordado del juicio deportivo que expresó un periodista santiaguino: «Amigo—me dijo—, esto es un «record» olímpico de resistencia. Se ve que las chicas son españolitas de casta.» Esto trae de la mano otra frase: «Vea usted—y señalaba al coro, desplegado en el escenario con toda la pompa florida de los mayos—: lo mejor que España nos ha enviado desde el tiempo de los conquistadores.»

Si en el Brasil se escribió: «los volantes de las faldas de estas chicas hacen por España más que las casacas diplomáticas», Jaime Eyzaguirre me dijo en la despedida, así, naturalmente: «Vengan con más frecuencia. Están en su casa.»

TRACA FINAL DE ESTA ROMERÍA NOSTÁLGICA

Fueron reconocidas como de casa en cada uno de los países que visitaron a lo largo de dos viajes: Argentina, Brasil, Perú, Chile, Ecuador, Panamá, Colombia, Venezuela, Santo Domingo, Haití y Puerto Rico. Las gentes hispánicas—de casta le viene al galgo—no saben separar las diversas circunstancias que puedan rodear a una persona. O todo o nada parece el lema de la estirpe. Todo, en este caso. Cuanto hubo de dulce—mucho—y cuanto hubo de amargo—poco—fué debido a un reconocimiento de lo español, a una fusión con todos y cada uno de los problemas españoles, los grandes y los chicos. España, en América, en nuestra América, es vista desde una alta ventana, justamente porque si nosotros decimos «nuestra América», ellos dicen «nuestra España». Y bien siento esto de que una pura necesidad gramatical me obligue al uso de estas dos palabras: «ellos» y «nosotros». Todos somos nosotros.

Uno y hermoso es el gran baile hispánico, el gran coro hispánico. Necesario será un día—que quiero profetizar próximo—montar, para lo bueno y lo malo de la existencia, los coros y danzas de la Hispanidad. Cuando, junto a las coplas serranas y a los cantos de rondadores, se vean las danzas del Cuzco, o los zapateados de espuela, o salte la fragante «cueca», o la cuadrilla décimonónica de Santo Domingo, o ese ritmo procesional—con incitaciones de «merengue»—, habremos dado un buen paso en el camino del entendimiento. Después ya será más fácil caminar, cantar y bailar a coro. Será tan sencillo, que, como somos así, diremos: «¡Milagro!» Y es muy posible que tengamos razón.



aquel paisaje con fondo de siglos y lanzado a un venturoso porvenir.

Quando llegaron las siete damas, las mismas que dan nombre a la primera calle del Nuevo Mundo, a una calle que estaba al revolver la esquina, los caballeros tendieron sus capas en ademán galante. Los caballeros de hoy no suelen llevar capa, al menos en América. Pero los hispanoamericanos de Santo Domingo se inventaron, muy a la americana, el gesto correspondiente. Cogieron sus estuquillos reflectores antiaéreos—siete mil metros de alcance—y los echaron a los pies de ciento veintiocho damiselas españolas. ¡Madre mía, qué piropo español para españolas!

FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE

En la puerta del teatro Municipal de Lima montaban los «cholitos» una guardia permanente. Querían ver a las chicas españolas. A veces yo llegaba tarde al teatro. Bajaba del «taxi» con esa impertinencia propia del que tiene entrada libre por la puerta de un escenario. Me crispaban reclamando silencio. Estaba cantando el coro. Irrumpiendo por entre telares, un pasadizo y dos o tres puertas cerradas a cal y canto, el coro ganaba la calle y los «cholitos» escuchaban el «Duérmete, fiu del alma». La nana de Asturias les llegaba hasta los ojos. Había en todos un reposado ademán paterno. Algo muy importante se arrullaba allí. Yo entraba en el teatro de puntillas.



SEGOVIA



PALENCIA



CÓRDOBA



VALLADOLID



HUESCA



GUIPÚZCOA